

LA TIERRA DE ANA

Una fábula sobre el medioambiente
y el clima de nuestro planeta

JOSTEIN GAARDER

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

 Siruela

Las Tres Edades Biblioteca Gaarder

Paseo en trineo

Desde que era capaz de recordar, en Nochevieja las familias del pueblo subían en trineo hasta las granjas de verano. Los caballos se almohazaban y se adornaban para recibir el nuevo año, y en los trineos se colgaban cascabeles y se ponían antorchas encendidas para iluminar la oscuridad de la noche. Algunos años, una máquina de abrir pistas de esquí subía antes para que los caballos no patinaran en la nieve suelta. Lo importante era llegar a la montaña cada Nochevieja no en esquís o en moto de nieve, sino en caballo y trineo. La Navidad era mágica en sí, pero el viaje en trineo hasta las granjas de verano arriba en la montaña era la verdadera aventura del invierno.

Todo era diferente en Nochevieja. Niños y adultos revueltos. Era el único día del año en el que las familias se mezclaban por completo. En solo el transcurso de una noche se salía de un año y se entraba en otro. Se pisaba una frontera invisible entre lo que había sido y lo que vendría. *¡Feliz Año Nuevo! ¡Gracias por todo, en este año que acaba!*

A Ana le encantaba la Nochevieja, y era incapaz de decidirse por lo que más le gustaba de todo: si subir a la

granja de verano para celebrar lo poco que quedaba de año o si el camino de regreso, bajar de nuevo al pueblo bien envuelta en una manta de lana y con el cálido brazo de su madre, de su padre o de algún vecino rodeándole el hombro.

Pero en la Nochevieja del año en el que Ana cumplió 10 años no había caído nada de nieve, ni arriba en las alturas ni abajo en el pueblo. La helada se había agarrado ya al paisaje, pero salvo alguna pequeña mancha aquí y allá, la montaña estaba desnuda, sin nada de nieve. Incluso el imponente pico estaba vergonzosamente desnudo bajo el cielo abierto, despojado de su blanco abrigo de invierno.

Entre los adultos se murmuraba algo sobre «calentamiento global» y «cambio climático», y Ana se fijó en estas nuevas palabras. Por primera vez en su vida tuvo una ligera noción de que el mundo se estaba deteriorando.

Pero nada ni nadie les impediría subir a la montaña en Nochevieja, y el único medio de transporte posible era el *tractor*. Además, este año la visita tradicional a las granjas de verano tendría que hacerse durante el día porque, sin nieve en la montaña, la Nochevieja sería tan oscura que no se vería absolutamente nada. Ni siquiera las antorchas serían de mucha ayuda, y además estas tendrían un aspecto ridículo en los tractores o remolques.

En consecuencia, temprano el día de Nochevieja, cinco tractores subían a paso de tortuga por el bosque de abedules camino de la montaña, cargados de buena comida y bebida. Con nieve o sin ella, había que conseguir a toda costa un brindis por el año nuevo y algunos juegos en el suelo helado.

En estas Navidades no solo se hablaba de la ausencia de nieve. Después de Nochebuena, se había visto en un par de ocasiones renos salvajes abajo en el pueblo junto

a las granjas, y se bromeaba con que Papá Noel se habría olvidado de algunos de sus renos tras repartir los regalos en Nochebuena.

Ana comprendió que esto de los renos era algo aterrador e inquietante. Nunca hasta entonces había ocurrido que renos salvajes bajaran hasta las poblaciones. En una granja intentaron alimentar a uno de ellos muerto de miedo, y en los periódicos salieron fotos: «Renos salvajes ocupan los pueblos de la montaña».

Un cortejo de tractores con remolque subía hacia la montaña el último día de diciembre, y Ana, junto con otros niños, iba sentada en el primero de ellos. Cuanto más subían, más vidrioso se iba volviendo el paisaje helado, lo que significaba que había llovido justo antes de llegar la helada, silenciando todo lo que fluía.

Descubrieron el cuerpo de un animal en la cuneta, y todos los tractores se detuvieron. El animal muerto era un reno, estaba congelado. Uno de los hombres explicó que había muerto por falta de comida.

Ana no lo entendió bien. Pero un poco más tarde llegaron arriba y vio que todo el paisaje estaba helado. No era posible desprender ni una piedrecita, ni restos de ninguna planta del agarre de la helada.

Pasaron junto al lago Brea, y allí los cinco tractores se detuvieron de nuevo. Esta vez los conductores incluso apagaron los motores. Dijeron que el hielo era seguro, y tanto niños como adultos salieron disparados hacia el lago. El hielo era transparente y la alegría se fue transmitiendo de unos a otros al descubrir que podían ver las truchas nadando bajo el hielo.

Sacaron pelotas y balones, palos de bandy y tablas para deslizarse. Pero Ana se apartó un poco de los demás y se

puso a andar por la orilla, mirando el brezo congelado. Debajo de una fina capa de hielo podía ver musgo y líquenes, camarina negra y gayubas con hojas de un intenso color rojo. Era todo muy bonito, como si hubiese llegado a un mundo más noble y más refinado que el suyo. Pero al instante descubrió un ratón muerto... y luego otro. Y debajo de un arbusto encontró también un lemming muerto. Entonces Ana comprendió, y de repente todo lo que le había parecido un hermoso cuento había terminado. Ella sabía que en invierno los ratones y los lemmings vivían entre arbustos y maleza, debajo de suaves edredones de nieve en la montaña. Pero cuando no había suaves edredones de nieve, la supervivencia ya no resultaba fácil a los lemmings y ratones.

Ana entendió por qué los renos salvajes bajaban de la montaña. Y no tenía nada que ver con Papá Noel.

El doctor Benjamín

Seis años después, Ana está sentada con sus padres en la antigua casa de troncos de madera. Hace horas que oscureció, y su padre ha encendido todas las velas que hay sobre la repisa de la chimenea y en el alféizar. Es 10 de diciembre y solo faltan dos días para que ella cumpla 16 años.

Sus padres están sentados en el sofá mirando la televisión. Están viendo una película sobre el Pacífico, un cuento para mayores de la época de los veleros. ¿O es un documental sobre uno de esos capitanes famosos del siglo XVIII? Ana no está segura, solo lo sigue a medias.

Está sentada delante de la mesa de comedor mirando de reojo las imágenes del Pacífico que se ven en la pantalla. Tiene en la mano unas grandes tijeras y está recortando algo de un montón de periódicos.

En el mes de agosto, Ana había empezado el primer curso del bachillerato, y al cabo de solo unos días conoció a Jonás, que iba un curso por delante de ella. Desde el primer momento hicieron buenas migas y durante unos días estuvieron jugando a ser novios, casi como un juego

de rol; pero poco a poco se fueron dando cuenta de que eran novios de verdad.

Ana tenía delante una taza grande de té y sonreía hacia sus adentros. ¡Con qué rapidez podía cambiar la vida!

Para algo sí estaba bien preparada. ¡Hoy había recibido por fin el viejo anillo que había pertenecido a la tía Sunniva! Desde hacía mucho tiempo sabía que lo iba a heredar cuando cumpliera 16 años. Pero la entrega había tenido lugar este día, porque su madre se iba de viaje temprano a la mañana siguiente para participar en un congreso. Prepararon una cena especial. Su madre había comprado en la pastelería una tarta de mazapán con una rosa roja encima, y después de la cena, entregaron a Ana el anillo con el antiguo rubí guardado en un viejo joyero. Ana lo llevó puesto toda la noche, y mientras recortaba los periódicos miraba el valioso anillo cuatro o cinco veces por minuto.

La joya tenía más de cien años, algunos opinaban que muchos cientos, y encerraba un montón de emocionantes historias.

En su decimosexto cumpleaños le habían regalado además ese nuevo smartphone que tanto deseaba. Pero, por muy estupendo que fuera, había quedado un poco ensombrecido por esa magnífica pieza heredada. Por otro lado, era increíble que con solo tocar la pantalla tuviera acceso a todo Internet.

Sin embargo, lo más curioso de este otoño había sido el viaje a Oslo a mediados de octubre, aunque todo había empezado un poco antes.

Desde que Ana era pequeña, le decían siempre que tenía una imaginación muy viva. Si le preguntaban en qué

estaba pensando, era capaz de explayarse con interminables historias, y nadie veía nada malo en ello. Pero esa primavera empezaron a aparecer algunas historias que en la mente de Ana se vivían como verdaderas y reales. Ella pensaba que se trataba de algo que recibía tal vez de otros tiempos, o incluso de otra realidad.

Al final, se dejó convencer para mantener unas charlas con una psicóloga, y esas charlas continuaron durante el otoño. La psicóloga le dijo que le gustaría que la examinara un psiquiatra de Oslo. Ana no tenía nada que objetar al respecto. No le parecía que tuviera nada de qué avergonzarse, e incluso estaba dispuesta a considerar un honor ser examinada por un psiquiatra.

Pero exigió viajar sin sus padres, y Jonás se ofreció a acompañarla. No obstante, sus padres insistieron en que uno de los dos la acompañaría. Se llegó entonces a una solución intermedia: iría con Jonás, pero también los acompañaría su madre si les prometía viajar en otro vagón del tren.

A primera hora de la tarde, los tres viajeros acudieron al Hospital General, donde Ana tenía cita con el psiquiatra. A los otros dos no se les permitió entrar en la consulta, al menos no al principio, y Ana se dio cuenta de que su madre lo sintió como una gran derrota. Le habría gustado mucho participar en ese examen del alma de su hija, pero tuvo que resignarse a permanecer con Jonás en la sala de espera.

A Ana el doctor Benjamín le cayó bien desde el primer momento. Era un hombre de entre 50 y 60 años, con el pelo largo y algo canoso recogido en una coleta. En el lóbulo de una oreja llevaba una minúscula estrella de color azul violeta, y del bolsillo del pecho de la americana

negra asomaba un rotulador rojo. Tenía una mirada chistosa y la observaba todo el rato con gran interés mientras hablaban.

Ana se acordó de lo primero que le dijo el psiquiatra después de que se hubiesen saludado y cerrado la puerta de la sala de espera. Le dijo que tenía suerte ese día, porque de repente habían cancelado la cita inmediatamente siguiente a la suya. Así podrían estar más tiempo juntos.

El sol entraba en la habitación pintada de blanco, y Ana miró hacia fuera, a las hojas rojas y amarillas de los árboles. En un momento, en el transcurso de la conversación, vio una ardilla subiendo y bajando de un pino a gran velocidad.

–*Sciurus vulgaris* –exclamó Ana–. O ardilla común. Pero en Inglaterra ya no es tan común. Allí la ardilla rojiza está siendo sustituida por la ardilla gris americana.

El psiquiatra la miró asombrado, y Ana pensó que tal vez lo hubiera impresionado con sus conocimientos de la naturaleza. Cuando él se volvió en el sillón para ver a la ardilla, ella se fijó en la fotografía de una mujer muy hermosa en un marco rojo colocado sobre el escritorio. ¿Su hija o su esposa? Ana decidió preguntarle, pero al instante él se volvió de nuevo, haciendo sombra a la foto, y ella se olvidó del tema.

Ana se había preguntado cómo sería un examen psiquiátrico. No resultaba fácil imaginarse que un psiquiatra le mirara el interior de la cabeza, pensaba que sobre todo le escrutaría los ojos con un instrumento óptico, porque se decía que los ojos eran el espejo del alma. Se había imaginado que tal vez también intentara verle la cabeza a través de los oídos, la nariz o la boca, porque un psiquiatra es un médico de verdad, y no solo un psicólogo. Ana no sabía hasta qué punto creía en esas fantasías,

solo habían dado vueltas en su cabeza como pequeños fragmentos de película, pero de lo que sí tenía verdadero miedo era de que él la hipnotizara para conseguir vaciarle el alma de todos sus secretos. Esperaba poder librarse de la hipnosis, porque no le gustaba la idea de perder el control de sí misma y revelar *todos* sus secretos. Más valdría que el psiquiatra se empleara a fondo con sus instrumentos.

¡Pero se habían limitado a charlar! El psiquiatra le hizo muchas preguntas interesantes y la conversación se animó tanto que Ana se permitió hacerle algunas preguntas a él. ¿Qué tal él? ¿También le ocurrían de vez en cuando historias curiosas que podía compartir con su entorno? ¿También había soñado alguna vez que era otra persona? Y, por cierto, ¿sus sueños habían resultado ser reales en alguna ocasión?

Al cabo de un buen rato, el doctor Benjamín resumió la conversación.

–Ana –dijo–, no veo ningún indicio de que estés enferma. Tienes una imaginación inusualmente poderosa, y una curiosa capacidad de imaginarte situaciones que no has vivido. Eso puede resultarte agotador a veces, pero no es una enfermedad.

Lo mismo pensaba ella. Estaba cien por cien segura de no padecer ninguna enfermedad. Por si acaso, le recordó no obstante al médico que a veces se creía sus propias imaginaciones. Dijo tener la sensación de que cosas que ella pensaba e imaginaba no era algo que naciera dentro de ella, sino algo que le llegaba de fuera.

El psiquiatra asintió con la cabeza.

–Creo haberlo entendido –dijo–. Puedes tener una imaginación tan desbordante que te resulta imposible creer que eres tú quien ha inventado todo. Pero tener

imaginación es una cualidad humana que en mayor o menor grado todo el mundo posee. Todos sueñan. Lo que ocurre es que no todo el mundo se acuerda a la mañana siguiente de lo que ha soñado. Es sobre todo en este punto en el que al parecer tú tienes una capacidad fuera de lo normal. Traes contigo lo que sueñas por la noche...

Ana se había esmerado en poner todas las cartas sobre la mesa.

–Pero, al mismo tiempo, algunas veces tengo la sensación de que los sueños me llegan de otra realidad o de otros tiempos.

El psiquiatra volvió a asentir con la cabeza.

–También la capacidad de tener distintas ideas sobre lo religioso es algo que subyace en lo más profundo de nuestra naturaleza. Siempre ha habido personas que han tenido la experiencia de haber estado en contacto con poderes sobrenaturales, como dioses, ángeles o antepasados. Algunos incluso han afirmado haber visto con sus propios ojos seres más o menos sobrenaturales. Esta capacidad de creer puede resultar más intensa en unas personas que en otras. Lo mismo ocurre con otras clases de diferencias entre los seres humanos. Algunos son mejores que la gran mayoría en ajedrez o en cálculo mental. Otros son casi insuperables en cuanto a imaginación o ideas religiosas, y en esta categoría es probable que Ana Nyrud se encuentre entre los mejores.

Ana volvió a mirar la luz del sol, que brillaba en las hojas policromas de los árboles.

–Sin embargo, si creyeras que todas las abejas o abejorros de tu jardín están dirigidos por la CIA y que zumban por tu casa con el único fin de espiarte, entonces puede que padecieras una grave enfermedad mental.

Ella lo interrumpió:

–¿Cómo sabes que vivo en un jardín?

–Al parecer, en una ocasión le dijiste a tu psicóloga que no te gustaría encontrarte con un *reno* en tu jardín.

Ana se rio.

–Ella no tiene la más remota idea de lo que hablaba, le tengo mucho cariño a ese jardín. Y las abejas...

–¿Sí?

–Las abejas son naturaleza como tú y como yo. Claro que no están dirigidas por la CIA. Están dirigidas por sus propios genes. Considero, además, que son una especie de representantes de la Madre Tierra.

–Exacto –dijo el hombre de la coleta–. Y lo que estás diciendo no se puede tachar de idea estrambótica, o lo que en el lenguaje profesional solemos llamar «pensamiento singular».

Mientras hablaban, el psiquiatra echaba de vez en cuando un vistazo a la pantalla del ordenador. Ahora volvió a hacerlo, y ella se dio cuenta de que el documento que miraba debía de ser un extenso informe de la psicóloga del pueblo de Ana. Él le preguntó:

–¿Tienes miedo de algo en particular, Ana?

–Del calentamiento global –se apresuró a responder ella.

El reflexivo psiquiatra se sobresaltó imperceptiblemente. Sin duda era un médico experimentado. Solo esa vez pareció sorprenderse de la respuesta dada por Ana, y volvió a preguntar:

–¿Qué acabas de decir?

–Quiero decir que tengo miedo al cambio climático provocado por los seres humanos. Tengo miedo a que quienes vivimos ahora pongamos en peligro el clima y el medioambiente del planeta, sin tener en consideración a los que vendrán después de nosotros.

El psiquiatra vaciló unos instantes antes de contestar:

–Y tal vez sea un miedo real, un miedo del que por desgracia yo no voy a poder librarte. Si me hubieras dicho que tienes miedo a las arañas, habría sido algo distinto. En estos casos solemos hablar de «fobias», y entonces podría ser conveniente un tratamiento como, por ejemplo, ir habituando gradualmente al paciente a aquello a lo que tiene miedo. Pero no tratamos el miedo de un paciente al calentamiento global.

Ella lo miró a los ojos y volvió a mirar de reojo la estrella que el doctor llevaba en el lóbulo de la oreja.

–¿Eres consciente de cuántos miles de millones de toneladas de CO₂ han sido emitidas por los seres humanos a la atmósfera solo en el transcurso de las últimas décadas?

Para gran sorpresa de Ana, el psiquiatra respondió a la pregunta sin pensárselo un segundo:

–Creo que hoy en día hay alrededor del 40% más de CO₂ en la atmósfera de lo que había antes de que empezáramos a quemar en serio petróleo, carbón y gas, a talar los bosques y a llevar a cabo una explotación agrícola tan intensa como la que llevamos a cabo hoy en día. Hace más de 600.000 años que el nivel de CO₂ no es tan alto como hoy, y la causa es, como sabemos, las emisiones causadas por los seres humanos.

Ana estaba impresionada. No había mucha gente tan enterada de cuestiones como estas, por muy importantes que fueran. Levantó el pulgar y dijo:

–Hay ya tantos gases de efecto invernadero ahí fuera que nadie puede predecir las consecuencias que tendrá para el clima y el medioambiente del planeta. Y las emisiones no hacen sino continuar...

El doctor Benjamín había apoyado las palmas de las manos en el escritorio delante de él, y por uno o dos se-

gundos permaneció medio inclinado hacia delante mirando la mesa, antes de volver a mirar a Ana. Entonces, con una expresión algo desconcertada, dijo:

—Nos hemos alejado algo de lo que es mi especialidad aquí en el hospital. Pero puedo decirte que yo también siento cierta preocupación por toda esa combustión de carbono y las consecuencias que esto puede tener para la vida en la Tierra. Aunque tal vez estos temas no estén tan alejados de la psiquiatría...

El doctor vaciló y Ana dijo:

—Continúa, sigo aquí.

—Me he preguntado a mí mismo si no vivimos en una cultura que *reprime* algunas verdades básicas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Creo que sí. Algunas cosas nos resultan tan incómodas que, en lugar de pensar en ellas, intentamos olvidarlas.

—Exacto. A eso me refiero.

Ana tuvo una repentina ocurrencia sin saber por qué; fue algo que le llegó como metiéndose en su cabeza desde otra realidad diferente a aquella en la que se encontraba en ese momento, y se oyó decir a sí misma:

—¿Qué dirías si te dijera que tengo miedo a los árabes?

El psiquiatra se echó a reír.

—En ese caso te sugeriría que trataras de vez en cuando con árabes. Creo que ese sería el tratamiento más eficaz.

—Estupendo.

—Pero, como te digo, no tratamos la inquietud del paciente por el calentamiento global. Quizá deberíamos buscar una especie de receta para combatir la *falta* de preocupación por el calentamiento global, para que no nos vayamos habituando poco a poco a esa amenaza. Tenemos que procurar quitarnos de encima esa amenaza.